

En este número

I

La revolución rusa no era, ciertamente, la revolución prevista por los clásicos. No había en Rusia, como en el resto de Europa, una clase obrera y poderosa y si, en cambio, una masa gigantesca de campesinos atados a formas más o menos tradicionales de explotación. La burguesía era débil y el proletariado también. Y sin embargo, allí, por circunstancias que Lenin dejó admirablemente descritas y analizadas en sus trabajos acerca del imperialismo, fue posible la conquista del poder por el proletariado. Desde entonces la revolución rusa ha sido considerada por varias generaciones de socialistas como la revolución clásica de nuestra época. La fascinación que ejerce remite, es verdad, al heroísmo de los trabajadores soviéticos, a su decisión y capacidad para vencer uno a uno todos los obstáculos interpuestos por los enemigos de clase. Pero sobre todo al hecho de que en ellas se articula de un modo integral, en una verdadera síntesis dialéctica, la teoría y la práctica del proletariado. El marxismo aparece en toda su plenitud como crítica radical de las condiciones que hacen posible la transformación social, como guía para la acción revolucionaria, no como doctrina sino como cuerpo de principios capaces de transformarse en una fuerza material a través de la actividad de las masas, destacando de entre sus aspiraciones presentes aquellas que por su contenido pueden convertir esa acción en la lucha consciente por objetivos de clase, revolucionarios. Es justamente en esa relación entre el marxismo entendido como teoría de la revolución y la práctica específica del proletariado; entre el partido, vanguardia consciente, y las masas, en la táctica, donde los revolucionarios de hoy siguen encontrando una fuente inagotable de enseñanzas.

Al cumplirse el 60 aniversario de la victoria de Octubre, *Cuadernos Políticos* se suma, modestamente, al homenaje universal dando cabida en este número a un ensayo de Vania Bambirra en el que se examine precisamente la táctica de Lenin en la revolución. Se destacan paso a paso los momentos específicos en el proceso de elaboración de la política que llevó al partido bolchevique al poder. El artículo se ocupa del periodo que va desde febrero a octubre, es decir, los meses cruciales en los que se prepara el asalto final contra la dictadura burguesa. Tiempo de cambios bruscos, de virajes inesperados en la correlación de fuerzas que obligan al partido de Lenin a moverse con rapidez, a introducir modificaciones en la táctica para no perder el ritmo del movimiento en su conjunto:

concluir las tareas democráticas de la revolución, fortalecer al partido y los soviets, pasar, cuando ya es imposible el camino pacífico, a elaborar una táctica insurreccional. La genialidad de Lenin queda demostrada, en cualquier caso, por su capacidad para percibir el sentido profundo de los acontecimientos, lo mismo en las tendencias objetivas que en los sentimientos de las masas, para establecer alianzas o incluso compromisos que aclaren y fortalezcan la acción del proletariado. Tomando en consideración únicamente los textos pertinentes de la época, la autora demuestra como la táctica de Lenin es siempre el "análisis concreto de la situación concreta".

II

En los años que siguieron a la victoria de la revolución rusa, el debate marxista se hizo mucho más rico pero también más complejo y difícil. La clausura de la revolución europea, el triunfo decisivo de la contrarrevolución, se combinaría posteriormente con el cierre de toda discusión en el seno del movimiento comunista internacional. Entre la razón de Estado y la razón revolucionaria quiso establecerse una identidad absoluta y monolítica que no dejaba espacio para la crítica, sin que dicha identidad fuera, en definitiva, sostenida por los hechos. Muchos revolucionarios, de grado o de fuerza, fueron sometidos al silencio, a la represión y al exilio de sus propias organizaciones. Entre ellos destaca Karl Korsch, quien en 1923 había publicado un importante ensayo sobre las relaciones entre marxismo y filosofía. La obra teórica de Korsch sufrió las mismas vicisitudes que la de otros contemporáneos suyos y fue deliberadamente olvidada y calumniada. Han sido las nuevas generaciones de marxistas quienes, enfrentados a necesidades crecientes, a problemas nuevos de la lucha de clases, rescatan el pensamiento de autores como Korsch en busca de nuevas alternativas. Pero estas lecturas recientes muchas veces prescinden de espíritu crítico. Los viejos textos son asimilados sin establecer ninguna perspectiva histórica, como una reacción liberadora ante el dogmatismo, respuesta que en ocasiones sólo deja en pie una nueva confusión. Algo de esto ha ocurrido con la problemática de los *consejos* retomada de la obra política de Korsch. Justamente para restaurar la coherencia interna, la evolución del pensamiento teórico de Korsch en correlación con sus principales planteamientos políticos, publicamos en esta entrega un ensayo de Gian Enrico Rusconi que, bajo el título de *Autonomía obrera y contrarrevolución*, está destinado justamente a servir como una introducción a los escritos fundamentales del marxista alemán.

III

Las circunstancias históricas específicas mediante las cuales América Latina se incorporó al mercado mundial, determinaron, asimismo, las modalidades peculiares que presidieron la constitución de sus Estados nacionales. En la tesis de Arnaldo Córdova, acerca de los orígenes del Estado en América Latina, que recogemos en esta entrega, se observa con claridad cómo es que la empresa de conquista y colonización española fue también por un largo periodo, la mayor organización administrativa del mundo, de tal modo que su poder sobre estas tierras fue siempre una extensión de la monarquía absolutista. La previsible autonomía de ciertas instituciones como el municipio, dadas las evidentes dificultades para gobernar con eficacia desde la metrópoli, lejos de favorecer el surgimiento embrionario de un poder opuesto a la Corona terminaron por convertirse en instrumentos de la propia dominación española debido, a un hecho fundamental: la Corona era la propietaria de las tierras conquistadas. Las formas que asumió la explotación colonial de los recursos humanos y naturales de América Latina tendría amplias repercusiones en el modo como, ya en el siglo XX, se derrumbaría el pacto colonial. La concentración del poder y la riqueza en los virreinos, polarizados regionalmente en los territorios ricos en minerales, estaba en la base del sistema colonial español. Su destrucción, afirma Córdova, significaría la ruina de sus centros vitales y con ella la ruptura de la organización política que le daba unidad al imperio. Desde entonces, América Latina sería un continente disperso y fragmentado.

A pesar de las reales contradicciones entre criollos y peninsulares, lo cierto es que la Independencia no alteró el antiguo orden económico y es por eso que las élites criollas resultaron, a la postre, incapaces de proporcionar una alternativa de unidad que superara la defensa exclusiva de intereses locales y regionales. La violencia que marca la historia latinoamericana en los años sucesivos a la Independencia indica el antagonismo de los representantes de dichos intereses y la ausencia, e sentido estricto, de Estados nacionales. Caciques, militares, eclesiásticos son las figuras que dominan el largo y complejo proceso en el que se funden intereses, bajo denominaciones ideológicas diversas, hasta constituir oligarquías capaces de llevar adelante la empresa de constituir Estados nacionales. Estos estados, sometidos ahora a la influencia de las nuevas potencias capitalistas, irán sentando las bases para constituir las clases nacionales.

En el ensayo de Arnaldo Córdova, el lector hallará suficientes argumentos y sugerencias para abordar una de las cuestiones cruciales en las que, lamentablemente, el pensamiento marxista lleva un considerable retraso: el problema del Estado.

IV

Como una contribución al estudio de la crisis en México, presentamos un artículo de Olga Pellicer de Brody que enfatiza, sobre todo, los problemas relativos a las relaciones exteriores. Se examinan las soluciones que el actual gobierno ha puesto en práctica para enfrentar la crisis, en particular la exportación masiva de petróleo, y sus consecuencias sobre el modelo de desarrollo seguido hasta ahora. En definitiva, para la autora, dichas salidas de la crisis tendrán como resultado extremar la dependencia y la vulnerabilidad del país respecto a los Estados Unidos.

En la primera parte del ensayo, al referirse a las críticas generalizadas contra el gobierno de Luis Echeverría; se pretende demostrar como, a pesar de que la política puesta en práctica por aquél agravó los desequilibrios de la economía mexicana, tales desequilibrios existían previamente y habrían conducido de todas maneras a la crisis actual. En ese contexto, se presenta una evaluación de los convenios concertados con el Fondo Monetario Internacional que pone de manifiesto, además de la necesidad de contar con una masiva inversión extranjera, de aplicar una política de estabilización que no puede sino agravar los conflictos sociales. Se estima, sin embargo, que la capacidad de maniobra del Estado sigue siendo bastante amplia.

En una parte medular del artículo, la autora muestra cómo la cancelación de la política tercermundista y el restablecimiento de la confianza empresarial están íntimamente vinculados a las preocupaciones de los propios empresarios norteamericanos por las repercusiones de la crisis sobre los mismos Estados Unidos.

Por último, Olga Pellicer concluye afirmando que la política del actual gobierno no sólo no asegura la superación de la crisis sino que, además, compromete gravemente el desarrollo futuro del país, respecto a su modelo y su relación con el exterior.

En los últimos diez años, México ha vivido una profunda crisis económica, política y social. Una de las manifestaciones más evidentes y extraordinarias de este proceso lo constituye, sin duda, la crisis agrícola y la consecuente movilización de los campesinos quienes, en este lapso, se enfrentaron a los terratenientes, sus guardias blancas e, incluso, a las fuerzas represivas del Estado. A pesar de la creciente proletarización del campesinado; la principal demanda en el campo sigue siendo la de la tierra.

En el artículo de Rosa Elena Montes de Oca que publicamos en este número, se examina el conjunto de problemas que en nuestro país, a la hora de la crisis, podríamos llamar "la cuestión agraria". La autora nos ofrece un panorama conciso de los problemas estructurales que determinan la caída de la producción agropecuaria, para delimitar aquellas tendencias que, al margen de asuntos coyunturales, permitan explicarla: es el desarrollo del capitalismo en el campo, con su secuela de despojo y polarización lo que, en definitiva, explica lo mismo el auge de lo que denomina "insurgencia campesina" que la crisis de fondo que corroe a los viejos instrumentos de control.

En el pasado reciente hemos asistido a una autentica oleada de invasiones de tierras en manos de latifundistas. La particularidad de este movimiento, es que, en muchos casos, se trata de intentos de conquistar formas superiores de organización como podría ser la colectivización democrática de los ejidos.

Es evidente que la política oficial, destinada a restaurar la "confianza" no podrá liquidar la efervescencia en el campo mexicano. No hay salidas fáciles para una situación que sin exagerar sigue siendo explosiva. Nos parece que estudios como el que ahora presentamos son una contribución para que, desde la izquierda, se configure una alternativa.

Los trabajadores de la educación constituyen, en México, el más numeroso de los sectores organizados del país. El sindicato que los agrupa tiene cerca de quinientos mil miembros. Esa cola cifra da una idea aproximada de la importancia y la fuerza que los maestros tienen dentro del aparato sindical. No extraña que de ese sector de asalariados hayan surgido también numerosos revolucionarios en distintas fases de la historia moderna de México. Ellos encabezaron algunas de las batallas más importantes contra la reacción burguesa y se encuentran en la lista de quienes primero impugnaron, en su propia organización, el control gubernamental, la cancelación de la democracia interna. De las filas de los normalistas se destacan importantísimos líderes del movimiento campesino y popular. Por eso, es obvio, el aplastamiento de cualquier disidencia en el poderoso SNTE, se convierte en un problema de Estado. Justamente para analizar la derrota de la izquierda en uno de los últimos reductos democráticos —la Sección VIII, de Chihuahua— hemos solicitado al profesor Rogelio Luna que nos ofreciera un análisis de lo que, a su juicio, merece una más amplia discusión en el seno de las fuerzas democráticas y revolucionarias. Pensamos que hoy más que nunca, cuando la crisis económica se traduce también en un agudizamiento de las contradicciones políticas, en formas nuevas de la lucha de clases, es impostergable discutir a fondo los problemas relativos a la táctica sindical, la política de alianzas, etcétera.

La historia del movimiento magisterial en Chihuahua no es, por cierto, la de otras

secciones del sindicato. Pero justamente porque allí han confluído y se han expresado con mayor vigor que en otras partes algunos de los problemas que afectan a la izquierda en su conjunto creemos que el artículo del profesor Luna puede ser de gran utilidad.